

entre las sábanas ondulantes de los altos trigos verdes que se perdían en el horizonte.

—Ya ves, amigo mío,—añadió Bonnaire, con un gesto que abrazaba todo el ámbito de la llanura,—si tenemos pan. Es el pan para todos, ¡el pan á que se adquiere derecho con solo nacer.

—¿Dáis también de comer á los que no trabajan?—preguntó Ragú.

—Claro que sí..... Pero sólo los enfermos y los impedidos no trabajan. Teniendo salud, se aburre uno de estar parado.

Atravesaba entonces el carrujito por entre los huertos; y era una delicia contemplar aquellas filas interminables de cerezos, llenos de frutos rojos. Hubiérase dicho que eran árboles encantados, cuyos racimos jugaban y reían al sol. Los albaricoques aún no estaban maduros; los manzanos y perales se doblaban bajo el peso de su carga, verde aún. Era una prodigalidad extraordinaria, con la que había para dar postre á todo un pueblo, hasta la próxima primavera.

—El pan para todos, no es mucha comida,—dijo Ragú irónicamente.

—¡Oh!—replicó Bonnaire bromeando igualmente,—añadimos algo de postres. Ya ves, no será por falta de fruta.

Llegaron á las Combettes. La aldea miserable había desaparecido y entre la vegetación elevábanse blancas casitas, á lo largo del Grand-Jean, el arroyuelo infecto de antes, ahora canalizado, portador de agua pura, una de las causas de la fertilidad que por todas partes rodeaba. Ya no era aquello el antiguo campo abandonado, sucio y miserable, en que los aldeanos vejetaban siglos ha, con la terca limitación de la rutina y el odio. El espíritu de verdad y de libertad había pasado por allí: habíase cumplido una evolución hacia la ciencia y la armonía, iluminando las inteligencias, reconciliando los corazones, trayendo consigo la salud, la riqueza, la alegría. Desde que todos

habían convenido en asociarse, habíase fundado la dicha de cada cual. Y nunca se había cumplido más victoriosamente una experiencia más decisiva; la lección de las cosas velase en las Combettes, con sus casas aisladas, de las que salía un perfume de familias felices, de risas y de canciones.

—¿Te acuerdas de las antiguas Combettés?—preguntó de nuevo Bonnaire,—las casuchas ruinosas entre el fango y el estiércol, los labradores de mirada fiera, que se quejaban de morir de hambre. Mira lo que han conseguido.

Pero en su envidia salvaje, Ragú no quería dejarse vencer, esperando descubrir á pesar de todo, en alguna parte la desgracia, aquella maldición del trabajo que, por largo atavismo de esclavo, perduraba en su sangre de perezoso, de asalariado remachado en su cadena.

—Sí trabajan, no pueden ser felices,—repitió obstinadamente.—Su felicidad es engañosa; el bien supremo consiste en no hacer nada.

Y haciendo hincapié en los curas de antaño:

Y él, que hablaba mal de los curas de antaño, añadió:

—¿No dice el catecismo que el trabajo es un castigo, la degradación del hombre? Los que van al paraíso, dejan de trabajar.

A la vuelta, pasaron por delante de la Guerdache, uno de los jardines públicos de la ciudad nueva, lleno siempre de madres jóvenes y de una nube de chiquillos juguetones. El amplio edificio, hecho todavía mayor, seguía sirviendo de lugar de reposo á las recién paridas, que allí aguardaban á su restablecimiento completo, entre las flores y los grandes árboles. Era una posesión magnífica, uno de aquellos antiguos palacios que el pueblo había heredado legítimamente, donde al fin se encontraba como en su casa propia, en natural soberanía. Animábanse las praderas con macizos llenos de perfumes, y las alamedas profundas perdíanse bajo la elevada bóveda de ramas, deli-

ciosamente sombrías y silenciosas. Y en aquellas majestuosas avenidas, por donde en otro tiempo corrían las partidas de caza, las madres, vestidas con trajes claros hacían rodar suavemente cochecitos de niño, ó reían con los recién nacidos.

—¿Qué me importa,—dijo todavía Ragú,—un lujo y un placer de que se aprovecha todo el mundo? Desde el momento que no es para mí solo, ya no me parece tan bueno.

Pero el carrujito seguía marchando, y volvieron á entrar en el nuevo Beauclair. El aspecto general de la ciudad reconstruída era propiamente el de un inmenso jardín, en que las casas se habían esparcido naturalmente entre la vegetación, como necesitadas de aire y vida libres. En vez de estrecharse unas contra otras, como en las épocas de tiranía y de terror, las casas parecían haberse dispersado buscando mayor paz, mayor higiene feliz. Los solares, puestos en común, nada valían, extendiéndose de un promontorio al otro de los Montes Bleuses. ¿A qué conducía el amontonarse, si el llano daba mucho de sí? ¿Acaso es mucho para una familia disfrutar unos miles de metros cuando hay tantos territorios deshabitados en el mundo? Cada uno había escogido su lote, y luego edificó á su gusto. Nada de alineación; amplias avenidas que cortaban los jardines para facilitar las comunicaciones, y en medio de los árboles, las casas, á capricho de cada familia. Únicamente advertíase en todas, por muy diferentes que fuesen, su orientación y su distribución, cierta fisonomía común, un aire acentuado de limpieza y de alegría. Especialmente, adornábanse todas con cuarzos y azulejos de colores vivos, tejas esmaltadas, piñones, encuadramentos, entrepaños, frisos, cornisas, en que el azul de los convolutos, el amarillo de los dientes de león, el rojo de las amapolas, semejabán grandes ramilletes floridos entre los macizos verdes de los árboles. Nada más alegremente encantador; sentíase allí la renaciente eflorescencia de la es-

tética popular, algo de esa belleza á que el pueblo tiene derecho y que su genio iría desenvolviendo, en cosecha de obras maestras. Esto aparte, en las plazas, en las encrucijadas, elevábanse los monumentos públicos, inmensas construcciones en que el hierro y el acero triunfaban en armaduras atrevidas. La magnificencia componíase de sencillez, de lógica adaptación á los usos de las cosas, de inteligente grandeza en la elección de los materiales y de la decoración. El pueblo entero debía encontrarse allí como en su casa propia; los Museos, las Bibliotecas, los Teatros, los Baños, los Laboratorios, las Salas de reunión y de diversiones, no eran más que Casas comunes, abiertas á todos los ciudadanos y en las que se vivía libre, fraternalmente, la vida social. Comenzaban á esbozarse ensayos de pórticos, trozos de avenida cubiertos de cristales que se pensaba calentar en invierno, para hacer posible la circulación cómoda en los días de grandes lluvias ó fríos.

Ahora Ragú daba ya, á pesar suyo, muestras de sorpresa; y Bonnaire, viéndolo absolutamente desorientado, se echó á reír.

—¡Ah! No es cosa fácil reconocer los antiguos sitios... Nos hallamos en la vieja plaza de la Alcaldía, ya te acordarás, aquella plaza cuadrada de la que partían las cuatro grandes calles de Brias, de Formeries, de Saint-Cron y de Magnolles. Sólo que como el edificio de la alcaldía se venía abajo de puro viejo, lo hemos demolido, así como la Escuela primitiva en que tantos chiquillos se embrutecieron bajo el poder de la palmeta. Y aquí tienes, en vez de aquello, una serie de grandes pabellones, los Laboratorios de química y de física, en que tienen entrada libre todos los sabios para estudiar, para hacer experimentos cuando creen haber inventado algo útil á la comunidad. Por su parte, las cuatro calles se han transformado, demoliendo las casuchas, plantando árboles; y sólo han quedado las antiguas casas burguesas en que los enlaces de familia han

venido á instalar á nuestros descendientes, á los hijos de aquellos pobres.

Con esto, Ragú acabó por orientarse en aquel viejo y hermoso barrio de Beauclair, el menos transformado, naturalmente. Fué preciso, sin embargo, que Bonnaire si-guiese señalándole al pasar las transformaciones decisivas, debidas á la victoria de la sociedad nueva. Habíase con-servado la sub prefectura, añadiéndole dos alas para ins-talar una biblioteca. Igualmente, el Juzgado se había con-vertido en Museo, la Cárcel nueva, con sus celdas, se pudo convertir, sin grandes gastos, en una casa de baños, en que abundaba el agua que surgía de las fuentes. El jar-dín, plantado en los terrenos de la iglesia que se derrum-bó, tenía ya hermosos sitios sombríos alrededor del peque-ño lago abierto en el sitio mismo de la antigua cripta sub-terránea. A medida que tendían á desaparecer las diver-sas autoridades, administrativas y represivas, los edificios volvían al pueblo, quien disponía de ellos para su bien-es-tar y alegría.

Pero al volver sobre sus pasos el carrujito, remontando una avenida, amplia y hermosa, Ragú se desorientó nue-vamente.

—¿Dónde estamos ahora?

—En la antigua calle de Brías,—respondió Bonnaire.— Su aspecto ha cambiado mucho en efecto. Como el comer-cio al por menor ha desaparecido completamente, las tien-das se han cerrado una por una y las casas viejas han aca-bado por ser demolidas, dejando su sitio á las construc-ciones nuevas, tan risueñas entre las espineras y las lilas. Y allí, á la derecha, hemos descubierto el Clonque, alcan-tarilla venenosa sobre la que ahora pasa la alameda de esta avenida.

Siguió evocando la estrecha y negra calle de Brías, con su piso siempre enfangado, su continuo pataleo de rebaño. Arrastraba allí su fatiga el trabajo lívido y malhumorado; allí vagaban por la noche el hambre y la prostitución; las

amas de casa pobres recorrían allí tienda por tienda, afa-nosas, en demanda de mezquinas ventas al fiado. Allí rei-naban los Laboque, cobrando su diezmo de los compra-dores; allí Caffiaux envenenaba á los obreros con su alco-hol industrial, y el carnicero Dacheux vigilaba su carne, la carne sagrada, alimento de los ricos, mientras que la hermosa panadera, la buena señora Mitaine, era la única que cerraba los ojos si desaparecía de su escaparate un pan ó dos los días en que á los pilluelos de la calle les apretaba el hambre. Pero ahora el suelo estaba limpio de tanta suciedad y de tanto sufrimiento; un soplo libertador había arrebatado las tiendas, en que la pobreza de todos se agravaba con las ganancias del comercio, rueda inútil, devorador de riqueza y de fuerza. Desfilaba ante ellos la avenida, ensanchada, saneada, inundaba por el sol, bor-deada tan sólo por casas de trabajadores felices, mientras que la muchedumbre reía y cantaba en aquella esplén-dente mañana de fiesta triunfal.

—Pero entonces,—exclamó Ragú,—si por aquí discurre el Clonque, bajo esos taludes llenos de yerba, el antiguo Beauclair estaría allá abajo, en el sitio de ese parque nue-vo, en que se ven medio ocultas por la arboleda, blancas fachadas?

Estaba al fin, sorprendido. Era en efecto el antiguo Beauclair, el montón sórdido de casuchas levantadas en medio de un pantano nauseabundo, con las calles sin sol, sin ventilación, apestadas por un arroyo central. En aquellos nidos de miseria y de enfermedades amontoná-base el desdichado pueblo trabajador, agonizando desde muchos siglos atrás, bajo la terrible iniquidad social. Acor-dábase especialmente de la calle de las Tres Lunas, la más oscura, la más estrecha, la más inmundada de todas. Y hé aquí que una bocanada de justicia y de venganza ha-bía purificado aquella cloaca, arrastrando consigo aquellos abominables escombros, sembrando en el sitio de ellos ár-boles, arbustos, habitaciones en que la salud y la alegría

habían germinado. Nada quedaba de la antigua ignominia, de aquel presidio que destilaba su veneno á cielo abierto, como una úlcera que traía aparejada la muerte de la humanidad. Con la justicia, había vuelto la vida; y también eran risas y cantos lo que salía de las casas, llenando las amplias vías nuevas, henchidas de una juventud bulliciosa.

Divertiase Bonnaire con el asombro de Ragú, paseándolo lentamente por las calles nuevas de aquella dichosa ciudad del trabajo, todavía más bella en aquel día de descanso y de fiesta en que todas las casas hallábanse empavesadas, haciendo restallar á impulsos del ligero viento matutino, banderolas de vivos colores, á la vez que adornaban las puertas y las ventanas telas llamativas. Los umbrales estaban cubiertos de rosas, que también inundaban las calles: un desbordamiento tal de rosas, nacidas en los extensos campos próximos, que la ciudad entera se podía adornar con ellas como una mujer el día de su boda. Por todas parte resonaban músicas; coros de muchachas y muchachos que se expandían en grandes ondas sonoras; voces puras de niños subían muy alto, perdiéndose en el sol, Y el límpido, el alegre sol también se unía á la fiesta, tendiendo inmensas bandas de oro de amplitud infinita bajo la bóveda suntuosa del cielo transparente, de una apariencia sedosa hermosamente azul. La población entera comenzaba á echarse á la calle, vestida de colores claros, adornada con telas preciosas, que antes eran de puro lujo y ahora estaban á disposición de todos. Modas nuevas, muy sencillas y magníficas á la vez, prestaban singular adoración á las mujeres. Desde que la moneda había ido desapareciendo lentamente, reservábase el oro para las alhajas; y todas las niñas recibían al nacer collares, brazaletes y sortijas, como los chiquillos de antaño recibían juguetes. Ya no tenían valor esas joyas, convertido el oro sencillamente en belleza; de igual modo que bien pronto, los hornos eléctricos producirían diamantes y piedras pre-

ciosas en cantidad incalculable: sacos de rubís, de esmeraldas, de zafiros, con los que habría bastante para cubrir á todas las mujeres. Desde luego, las novias que pasaban cogidas del brazo de sus novios, mostraban el cabello cuajado de estrellas vivientes. Y sin cesar pasaban parejas, prometidos del amor libre, esposos de veinte años que se habían escogido mutuamente y que jamás se separarían, matrimonios envejecidos en el afecto, con las manos más estrechamente enlazadas á medida que transcurrían los años.

—¿Dónde van ahora todos esos?—preguntó Ragú.

—Se visitan mutuamente,—respondió Bonnaire,—invitándose para la gran comida de esta noche, á la cual asistirán. Y esto aparte, no van á ningún lado, á la cual asientan el sol, viven al aire libre los días de descanso, porque están alegres y se encuentran como en su propia casa en estas fraternales calles hermosas. Además, hoy, hay por doquiera diversiones y juegos, naturalmente gratuitos, porque la entrada en todos los establecimientos públicos es libre. Esas turbas de niños que ves, van á los circos, mientras que otros grupos de gente acude á las reuniones, los espectáculos teatrales ó las audiciones de música... Los teatros se destinan á formar parte de la instrucción y la educación sociales.

Pero bruscamente, á tiempo que pasaba ante una casa cuyos habitantes hallábanse dispuestos á salir, detuvo el carruagito.

—¿Quieres ver una de nuestras casas nuevas?... Precisamente estamos en la de mi nieto Feliciano, y puesto que aún está ahí él, nos recibirá.

Feliciano era hijo de Severino Bonnaire, casado con Luisa, hija de Ma Bleu y de Aquiles Gourier. A su vez, Feliciano habíase casado quince días antes con Elena Jollivet, hija de Andrés Jollivet y de Paulina Froment. Pero cuando Bonnaire quiso explicar á Ragú esta genealogía, hizo éste un gesto como de quien pierde la cabeza con una

complicación tal de enlaces. El nuevo matrimonio era encantador, ella muy joven, de una adorable belleza rubia, él, igualmente rubio, alto y fuerte. Su casa, en que no podía haber todavía niños, respiraba amor, con sus habitaciones claras, alegres, su mueblaje nuevo de una elegancia sencilla. Aquel día, además, hallábase cubierta, como las calles, de rosas; porque parecía que sobre Beauclair hubiesen llovido rosas, que se veían por todas partes, hasta en los tejados. Visitaron la casa entera alegremente y volvieron a la habitación que servía de taller, una gran sala cuadrada en que había un motor eléctrico. Feliciano, que era por vocación tornero de metales, aparte los tres ó cuatro oficios más que ejercía á la vez, prefería trabajar en su casa; y lo mismo les ocurría á muchos camaradas de su edad, señalándose en aquella generación nueva un movimiento en el sentido del trabajo á domicilio, libre, amo de la fabricación, con independencia de los grandes talleres sociales, bases necesarias, hasta entonces, de la ciudad. Para esos obreros individuales, la fuerza eléctrica servía á maravilla. La tenían en su casa como el agua de las fuentes. Significaba esto el trabajo cómodo, que se puede realizar en el hogar propio, con limpieza y sin fatiga; y cada casa trocábase en un taller de familia, en un lazo más que agrupaba las energías en el hogar: el trabajador enteramente libre en la ciudad libre.

—Hasta la noche, hijos míos,—dijo Bonnaire despidiéndose.—¿Venís á comer con nosotros?

—No, abuelo, imposible por hoy. Vamos á casa de la abuela Morfain. Pero á los postres asomaremos por allí.

Ragú subió de nuevo al carrujito sin desplegar los labios. Había visitado la casa sin hablar nada, deteniéndose un instante frente al motorcito eléctrico. Y todavía logró sobreponerse á la emoción que acababa de sobrecogerle, ante el espectáculo de tanta comodidad y tanta dicha manifiesta.

—Convengamos en que esas casas donde en la mejor

habitación hay una máquina, no son casas de burgueses ricos y felices... Concedo que vuestros obreros están mejor alojados, tienen más agradable la vida desde que ha desaparecido la miseria. Pero no dejan de ser obreros mercenarios condenados al trabajo. En otros tiempos, había, á lo menos algunas gentes felices, los privilegiados que holgaban siempre, y todo vuestro progreso consiste en que el pueblo entero se embrutezca en la esclavitud común.

Bonnaire se encogió buenamente de hombros ante aquel grito desolado de un devoto de la pereza, cuyo culto se derrumbaba.

—Entendámonos querido, sobre lo que tú llamas esclavitud. Si respirar, comer, dormir, vivir, en fin, es esclavitud, la hay en el trabajo. Puesto que vives, preciso es que trabajes, porque no podrías vivir una hora sin trabajar... Pero ya hablaremos de eso. Ahora volvamos á casa para almorzar; y luego entretendremos la tarde visitando los Talleres y los Almacenes.

Terminado el almuerzo, continuaron en efecto su recorrido, á pie, como quien da un paseo. Atravesaron la fábrica entera, con sus talleres bañados por el sol en los que el acero y los cobres de las nuevas máquinas relucían como joyas. Y aquel día habían venido los trabajadores, en bandos de chicos y muchachas, á adornar las máquinas con guirnaldas de ramaje y rosas. ¿No eran también ellas de la fiesta? Puesto que esta se celebraba en honor del trabajo, había que festejar también á aquellas poderosas obreras, tan suaves, tan dóciles, que aliviaban la tarea de los hombres y de los animales. Aquellas rosas con que adornaban las prensas, los martillos enormes, las garlopas gigantescas, los grandes tornos, los grandes laminadores, decían cuán activo se había hecho el trabajo, cómo había llegado á convertirse en bienestar del cuerpo y goce del espíritu. Sonaban canciones, se formaban rondas y en medio de risas se organizaba una danza que poco á poco se

corrían de taller en taller y acababa por transformar toda la fábrica en un inmenso lugar de regocijo.

Impasible todavía, Ragú se paseaba levantando la vista hacia las altas vidrieras inundadas de sol; contemplaba el pavimento y las paredes, de claridad brillante, y se interesaba por las máquinas, muchas de las cuales le eran desconocidas, colosos formados por complicados sistemas de ruedas, capaces de desempeñar los antiguas faenas humanas, las más rudas como las más delicadas. Las había dotadas de piernas, brazos, pies y manos, para andar, para abrazar, para estrechar y manosear el metal, con dedos flexibles, ágiles y fuertes. Le llamaron, sobre todo, la atención los nuevos hornos de pudelar, aquellos hornos donde el braseo se operaba mecánicamente. ¿Era posible que saliera así «la bola», completamente preparada para ir al martillo cincelador? ¡Y la electricidad, que hacía rodar los puentes, que sacudía los monstruosos pilones, que movía los laminadores capaces de cubrir de railes toda la tierra! En todas partes se notaba la presencia de aquella electricidad soberana; había acabado por ser la misma sangre de la fábrica, circulando de un extremo á otro de los talleres, dando vida á todas las cosas, convertida en la única fuente de movimiento, de calor y de luz.

—Sin duda,—debió conceder Ragú,—esto está muy bien; es muy limpio y muy grande; vale mucho más que nuestros sucios agujeros de otros tiempos, en los cuales estábamos como cerdos en dornajo. Cierto que se han realizado progresos; la lástima es que no se haya podido encontrar todavía la manera de dar cien mil francos de renta á cada ciudadano.

—Los tenemos, tenemos esos cien mil francos de renta,—contestó alegremente Bonnaire.—Ven á verlo.

Y lo llevó á los Almacenes-Generales. Eran inmensas granjas, inmensos graneros, inmensas salas de reserva, donde se aglomeraba toda la producción, toda la riqueza de la ciudad. De año en año había habido necesidad de

agrandarlos; ya no se sabía donde colocar las cosechas; hasta se había aminorado la producción de objetos fabricados para que no se produjera una aglomeración excesiva. En ninguna otra parte se comprendía mejor la incalculable fortuna de que era capaz un pueblo, cuando desaparecían los intermediarios, los ladrones y los ociosos. La nación entera trabajando, con su jornada de cuatro horas diarias, amontonaba una riqueza tan prodigiosa que todos los habitantes rebosaban de toda clase de bienes, satisfacían todos los deseos y desconocían desde entonces la envidia, el odio y el crimen.

—He aquí nuestras rentas,—repitió Bonnaire.—Cada uno de nosotros puede sacar de aquí sin llevar cuenta. ¿Crees que esto no representa para cada uno cien mil francos de vida feliz? Cierto que todos somos igualmente ricos y eso, tú lo has dicho, á tí te aminoraría el placer, porque no aprecias la fortuna más que cuando la sazona la miseria de los otros. Pero nuestro sistema ofrece, en cambio, una ventaja y es que no se corre el riesgo de que lo roben á uno ó lo asesinen cualquier noche en la esquina de una calle.

Indicó también que empezaba á esbozarse un movimiento fuera de los Almacenes Generales: el cambio directo de productor á productor, proveniente sobre todo de los pequeños talleres de familia, de las máquinas á domicilio. Los grandes Talleres, los grandes Almacenes sociales, acabarían quizá por desaparecer un día y su desaparición constituiría un nuevo paso hacia la libertad, hacia el individuo soberanamente libre en la humanidad libre.

Ragú lo escuchaba trastornado poco á poco por aquella felicidad conquistada, que hubiera querido negar todavía. Y no sabiendo como ocultar la alteración de su inteligencia, exclamó:

—¡De modo que tú á estas horas eres anarquista!

Esta vez Bonnaire demostró ruidosamente su alegría.

—¡Oh, mi buen amigo! Era colectivista y me has repro-

chado el que no lo fuera ya. Ahora me haces anarquista... La verdad es que ya no somos nada desde el día en que se ha realizado el ensueño común de felicidad, de verdad y de justicia... Y ahora que me acuerdo, ven á ver algo más para acabar nuestra visita.

Lo llevó tras los Almacenes Generales, justamente al pie de la rampa de los Montes Bleuses, en el sitio donde Lange había instalado antes sus hornos rudimentarios de alfarero, en un cercado de piedras secas, una especie de barraca de artesano libertario que vivía fuera de las costumbres y de las leyes. Hoy se elevaba allí todo un vasto edificio, una fábrica considerable de cerámica, de la cual salían los ladrillos y las tejas esmaltadas, las mil decoraciones de colores vivos que adornaban la ciudad entera. Lange se había decidido á formar discípulos, cediendo á las instancias amistosas de Lucas, tan pronto como vio renacer un poco de equidad y de consuelo para la atroz miseria. Al fin, puesto que en el pueblo florecía nuevamente la alegría, también iba él á poder realizar su sueño, dejar brotar de sus manos las *terra cottas* brillantes, las espigas de oro, los azulejos y las amapolas, con que hacia tanto tiempo trataba de alegrar las fachadas entre la verdura de los jardines. Parecía cómo si le edificasen ex profeso una ciudad, la ciudad feliz de los trabajadores libertados y ennoblecidos. Y de sus gruesos dedos de obrero genial había salido, dilatándose, la belleza, un arte admirable que venía del pueblo y volvía al pueblo, toda la fuerza y toda la gracia primitivas. No había renunciado á los objetos más humildes, la simple arcilla, la vajilla de cocina y de mesa, las marmitas, las tarteras, los cántaros, los platos, esquisitos de forma y de colores, mezclando á las necesidades ínfimas de la vulgar vida cotidiana el encanto glorioso del arte. Pero de año en año había ido ampliando su producción, dotando de frisos soberbios á los edificios públicos, poblando de estatuas adorables los paseos, levantando en

las plazas fuentes como grandes ramos de flores de donde fluía el agua de los manantiales con frescura de eterna juventud. Y la pléyade de artistas que había hecho á su imágen entre las nuevas generaciones producían ahora con extraordinaria abundancia, ponían arte y belleza hasta en los vasos de que las amas de casa se servían para guardar el dulce y las conservas.

Precisamente Lange estaba allí, en el umbral de la fábrica, sobre lo alto de la breve escalera de ingreso. Aun que tenía cerca de sesenta y cinco años se conservaba robusto en su pequeño cuerpo trapudo. Era siempre la misma cabeza cuadrada y rústica, envuelta por enmarañados cabellos y barba, hoy de un blanco de nieve. Pero de sus ojos vivos salía ahora en claras sonrisas la infinita bondad, oculta bajo la ruda corteza. Una banda de niños jugueteros le rodeaba, compuesta de chicos y niñas que se empujaban unos á otros con las manos tendidas hacia adelante, mientras que el procedía á una distribución de pequeños regalos, según lo acostumbraba á hacerlo todos los días de fiesta. Les repartía así á manera de juguetes, figuritas de arcilla, modeladas con solo unos cuantos movimientos del dedo pulgar, pintadas y cocidas de cualquier manera, pero de una gracia deliciosa y algunas cómicamente encantadoras. Representaban los asuntos más sencillos del mundo, las ocupaciones de todos los días, los actos menudos y los goces fugitivos de cada hora; niños llorando ó riendo, niñas arreglando la casa, obreros trabajando, la vida, en fin, en continua y maravillosa floración.

— Veamos, veamos, veamos hijos míos, no os precipiteis, habrá para todos.. Toma, rubita mía, para ti esta niña que se está poniendo las medias.. Toma tu grandullón, para tí este galopín que vuelve de la escuela... Toma, morenito de ahí abajo, para tí este herrero con su martillo.

Y gritaba y reía contentísimo en medio de los niños felices que se disputaban sus pequeños hombrecillos y mujercillas como llamaba á sus esquisitas figuras.

—¡Ah, tened cuidado! No hay que romperlas... Colocadlas en vuestro cuarto; así tendréis delante de los ojos líneas agradables y lindos colores. Luego, cuando seáis grandes, os gustará lo bello y lo bueno y vosotros mismos seréis muy hermosos y muy buenos.

Era su teoría. El pueblo necesitaba belleza para ser sano y fraternal. Un pueblo satisfecho no podía ser más que un pueblo inteligente y armonioso. Todo en él y en su derredor debía recordarle la belleza, sobre todo los objetos de uso corriente, los utensilios, los muebles, la casa entera. Y la creencia en la superioridad del arte aristocrático era una imbecilidad, el arte más vasto, más conmovedor, ¿no estaba en la vida misma? Cuando la obra fuera ejecutada por todos se impregnaría de una emoción, de una grandeza incomparables, de la inmensidad de los seres y de las cosas. Por otra parte aún ahora venía de todos, salía de las entrañas de la humanidad, pues la obra inmortal, la que desafiaba á los siglos, nacía de la multitud y resumía una época y una civilización. Y siempre el arte florecía del pueblo, para embellecerlo, darle el perfume y el brillo tan necesarios á su existencia, como el pan de cada día.

—Aún quedan este labrador recogiendo su cosecha, esta mujer lavando la ropa... ¡Toma! Para tí, grandullona. ¡Ten! para tí; hombrecito mío... Y se acabó; ahora sed buenos, besos en mi nombre á vuestras mamás y á vuestros papás. ¡Andad, andad, corderitos míos, pollitos míos; la vida es bella, la vida es buena!

Ragú, inmóvil, había escuchado en silencio, cada vez más sorprendido. Acabó por estallar con su terrible mofa.

—Dí, pues, anarquista, ¿ya no hablas de hacer saltar toda la tienda?

Lange se volvió con un movimiento brusco y le miró sin reconocerle. No se enfadó, se echó á reír de nuevo.

—¡Ah! me conoces, tú, cuyo nombre no recuerdo ya... Es cierto, he querido hacer saltar la tienda. Lo gritaba así por todas partes, á todos los vientos, lanzando la maldición á la ciudad maldita, anunciándole la destrucción próxima por el hierro y el fuego. Hasta había resuelto ser yo mismo el justiciero quemando á Beauclair como con un rayo... Pero, ¿qué quieres? Las cosas han cambiado en otra forma. Se ha hecho ya bastante justicia para desarmarme. La ciudad se ha purificado, se ha reedificado y no puedo destruirla ahora que se realiza en ella todo lo que he querido, todo lo que he soñado..... ¿No es cierto, Bonnaire? La paz está hecha.

Y el anarquista de otros tiempos tendió la mano al antiguo colectivista, con el cual había tenido tan furiosas cuestiones.

—Nos hubiéramos comido, ¿no es cierto, Bonnaire?... Estábamos de acuerdo acerca de la ciudad de libertad, de equidad y de buena inteligencia á donde deseábamos llegar. Sólo que diferíamos en cuanto al camino que debíamos seguir, y los que creían que debían pasar por la derecha hubieran destrozado á los que pretendían pasar por la izquierda... Ahora que hemos llegado, seríamos demasiado brutos si disputáramos todavía, ¿no es cierto, Bonnaire? la paz está hecha...

Bonnaire, que había retenido entre las suyas la mano del alfarero, la estrechaba, la sacudía afectuosamente.

—Sí, sí, Lange, hacíamos mal en no entendernos; probablemente eso era lo que nos impedía avanzar. O más bien, todos teníamos razón, puesto que ahora estamos estrechándonos las manos, reconociendo que en el fondo todos queríamos lo mismo.

—Y,—replicó Lange,—si las cosas no marchan todavía como lo exigiría la justicia absoluta; si aún tienen que venir la plenitud de la libertad y la plenitud del amor, hay que

remitirse á estos galopines y á estas chiquillas para continuar la obra y terminarla algún día... Ya lo ois, mis pollitos y mis corderitos, amaos bien los unos á los otros.

Se reproducían los gritos y las risas cuando brutalmente intervino de nuevo Ragú.

—Y tú Pies Desnudos, di, pues, anarquista frustrado, ¿la has hecho tu mujer?

Se llenaron de súbitas lágrimas los ojos de Lange. Hacía ya cerca de veinte años que la alta y bella muchacha recogida por bondad en un camino, y que le adoraba como una esclava, había muerto en sus brazos, víctima de un espantoso accidente, que había quedado muy obscuro. El lo atribuía á la explosión de sus hornos; hablaba de la puerta de hierro lanzada con violencia y que había producido á la Pies Desnudos un agujero en pleno pecho. Pero la verdad era ciertamente otra. Ella le ayudaba en sus experimentos de explosivos y debía haber sido herida y muerta instantáneamente, durante los ensayos hechos para cargar las famosas pequeñas marmitas, de que él hablaba tan complacientemente y que debía depositar en la Alcaldía, en la Sub-Prefectura, en el Tribunal, donde quiera que había una autoridad que destruir. Durante meses enteros, durante años, su corazón había sangrado de esta pérdida trágica, y todavía hoy, en medio de tanta dicha lograda, lloraba á aquella amante tan apasionada y tan dulce, que por la limosna enternecida de un pedazo de pan, le había hecho para siempre el regio presente de su belleza.

Lange avanzó rudamente hacia Ragú.

—Eres un malvado. ¿Por qué me revuelves el corazón?... ¿Quién eres? ¿De dónde vuelves? ¿No sabes que mi mujer ha muerto y que todas las noches todavía le pido perdón acusándome de haberla matado? Si no me he convertido en un mal hombre lo debo á su tierno recuerdo, pues siempre la tengo presente y es mi buena consejera... Pero

tú eres un malvado; no quiero reconocerte, no puiero saber tu nombre. ¡Vete, vete de entre nosotros!

Estaba soberbio de violencia dolorosa. Bajo la cubierta mal desbastada, el poeta que en otros tiempos estallaba en fantasías vengadoras de negra grandeza, se había enternecido, con el corazón lleno de una bondad temblorosa, inmensa ahora.

—¿De modo que le has reconocido?—preguntó Bonnairre, inquieto.—¿Quién es, pues? dímelo.

—No quiero conocerlo,—repitió Lange con más fuerza.

—No diré nada; que se vaya, que se vaya en seguida!... No está hecho para vivir con nosotros.

Y Bonnairre, persuadido de que el alfarero había reconocido al hombre, se lo llevó suavemente, deseando evitar una explicación penosa. Por su parte, Ragú, sin insistir en la disputa, lo seguía en silencio. Todo lo que veía, lo que oía le hería en el corazón, le llenaba de un pesar amargo, de una envidia ilimitada. Y comenzaba á titubear, ante aquella felicidad conquistada, de la cual no participaba ni participaría jamás.

Pero lo que acabó de trastornarle fué el espectáculo de Beauclair de fiesta por la noche. En aquel primer día del verano había prevalecido el uso de instalar cada familia su mesa en el umbral de la casa, comiendo fuera, en la calle, á la vista de los trahseuntes. Era como una comunión fraternal de la ciudad entera; se cortaba el pan y se bebía el vino públicamente; las mesas acababan por aproximarse, no hacían más que una mesa sola y convertían á la ciudad en una inmensa sala de festín, donde el pueblo venía á ser una sola y misma familia.

Desde las siete, cuando aún resplandecía el sol, se pusieron las mesas, adornadas de rosas, de la lluvia de rosas que embelesaban á Beauclair desde por la mañana. Los manteles blancos, las vajillas pintadas, la cristalería y la argentería se encendían con la púrpura de poniente.